A propósito del profesor Paolo Carile y su *Écritures de l'ailleurs. Négociants, émigrés, missionnaires et galériens* (Préface de Marc Cheymol, Editions L'Harmattan, Paris 2019; Tab edizioni, Roma 2109, 2ª ed. ampliada 2021)

Trino F. García Rodríguez

1. Noticia de un intelectual europeo

Al redactor de estas líneas le sorprende que de la profusa y notable obra del profesor Paolo Carile, tanto de sus textos críticos, entre los que se cuenta el que merece este comentario, como de aquellos que ha dedicado a la creación literaria, tan solo pueda contarse a la fecha con una única muestra en nuestra lengua, el poemario *Aproximaciones verbales: entre Bolonia y París. Fragmentos de memoria* —edición trilingüe en italiano, francés y español. Archives & Musées, Bruselas 2011, prólogo de Marie France Renard; epílogos de Vincenzo Consolo y de Miguel Ángel Cuevas—. Precisamente, en relación con nuestro país, hay que recordar su temprano interés por la literatura española y su admiración por la obra de Federico García Lorca.

Es en Valencia donde hace una veintena de años, en 2006, participa en el congreso celebrado para homenajear al escritor italiano Vincenzo Consolo, una de las cumbres de la narrativa europea contemporánea. Allí conoce y estrecha amistad con el italianista español Miguel Ángel Cuevas, poeta, catedrático de la Universidad de Sevilla, nexo hoy de la mayor relevancia en el ámbito académico, mediante su continua labor de traducción, en el conocimiento mutuo de la creación literaria italiana en España y viceversa. Cuevas es el reciente editor y traductor al español del acontecimiento editorial que ha supuesto a finales de 2025 la publicación de *Petróleo*, la novela inacabada y culmen de la obra de Pier Paolo Pasolini.

Es este un vacío (la escasa presencia de Paolo Carile en el debate cultural hispano) que dificulta al lector culto en español, y a la comunidad académica en una de las lenguas de mayor empleo en el mundo, el acceso a la obra y al pensamiento de quien paradójicamente ha ocupado la mayor parte de su producción intelectual en el estudio de los fenómenos de transmisión cultural. En particular, sobre el efecto en la civilización europea, en su imaginario colectivo y en los códigos de conducta, del proceso de expansión territorial y el hallazgo de nuevas realidades y gentes durante el extenso periodo de la era de los Descubrimientos. De la aportación del profesor Carile al saber respecto de dichos procesos no es posible prescindir sin merma del conocimiento de estos.

Paolo Carile, catedrático emérito de Literatura Francesa de la Universidad de Ferrara, ha desarrollado una importante y prolongada labor intelectual, tanto en el campo de la docencia como en el de la investigación. Se ha ocupado, con fundamentales estudios, de temas como la novela francesa del periodo entre ambas guerras mundiales, la didáctica de la lengua francesa y, en relación con la obra que comentamos, en el estudio, en la recuperación y comentario crítico de un conjunto de textos, pertenecientes a géneros diversos, en los que se refiere la peripecia de una colección de viajeros europeos — italianos, franceses, portugueses y españoles —, cuyas vidas transcurren entre los siglos XIV y XVIII, era que denominamos Edad Moderna o, precisamente, de los Descubrimientos, y que abarca en su definición cultural "el otoño de la Edad Media", el Renacimiento, el periodo de la Contrarreforma y el Barroco y, finalmente, el Siglo de las Luces. Los reúne el autor, bajo el criterio de un

denominador común: dedicados por su oficio a otros menesteres, la escritura representa en todos ellos una actividad secundaria y, sin embargo, una vía sustantiva de aproximación a la historia europea. Por Europa hemos de entender aquí no solo el continente al cual el nombre señala, sino el espacio amplio de culturización que alcanza el término en esta etapa de la Historia bajo el impulso de la acción militar, política y "civilizatoria" de las potencias continentales en su expansión por el mundo y que la nomenclatura histórica acredita —Nueva Francia, Nueva Inglaterra, Nueva España, etc.

En el estudio de los textos de viaje, que integran *Écritures de l'ailleurs* y otras de sus obras, Carile profundiza, entre otros aspectos, en la motivación de la génesis de dichos textos, en el contraste entre los hallazgos con la mentalidad del viajero, en la proyección ideológica de dicha mentalidad al mirar a lo "otro" lejano y a los "otros" que lo habitan. Y viceversa, en el efecto de la recepción en la metrópoli de las nuevas sobre las tierras y gentes hasta ese momento desconocidas. Y, en fin, en los obstáculos para realizar una correcta traslación ideológica entre lenguas, civilizaciones y culturas.

En una obra anterior, que tiene edición en italiano y posteriormente ampliada en francés (*Lo sguardo impedito* y *Le regard entravé* respectivamente), el profesor Carile, tomando como referencia la obra de los viajeros a Nueva Francia —Canadá y la Luisiana Francesa— durante los siglos XVI y XVII, muestra cómo en el esfuerzo por lograr la acertada referencia a las tierras y a las gentes encontradas se interponen tanto el cristal de la ambición del viajero como la comprensión objetiva de aquello que se mira por primera vez. La mirada queda por este efecto "empañada" por el telo de aquello que se espera ver antes de verlo y que, en cierto grado, perdura ante la vista.

El nuevo mundo, la relación de sus tierras y gentes, regresa en el tornaviaje como factura conceptual del recién llegado, bajo el tamiz de su mentalidad y, con frecuencia, desde una perspectiva de superioridad moral y cultural. No obstante, aun involuntariamente mixtificado, el aluvión de nuevas realidades abocará en la metrópoli cultural para ensanchar el irreversible caudal hacia una nueva era. Veremos, con Paolo Carile, que también en esta actitud hay excepciones, como acredita el testimonio desde el Indostán portugués de finales del XVI del epistolario de los mercaderes florentinos Sassetti y Carletti, abiertos en sus propias sensaciones al impacto y apreciación de lo hallado. La identificación y descripción de este fenómeno social y cultural que el profesor Carile denomina "la mirada obstruida", el entendimiento de su importancia en la relación entre grupos de población diferentes, aunque definidos sobre un tiempo determinado de la historia, nos parece de absoluta vigencia hoy en un mundo integrado por gentes en movimiento por los más diversos motivos.

Grupos humanos desplazados desde su origen conforman en las sociedades receptoras un escenario acelerado de convivencia multicultural y dan lugar a un abierto debate sobre esta cuestión. Es esta una coyuntura histórica en la cual la superación de obstáculos para el entendimiento mutuo y para la pervivencia de los criterios de civilización desafía la estabilidad misma de dichas sociedades y convoca imperiosamente el pronunciamiento de la comunidad intelectual.

De la convicción y de la capacidad para el emprendimiento cultural de Paolo Carile procede una de las iniciativas de mayor relevancia institucional al respecto. En 1996 promueve la creación de la fundación Italiques. El vigor y efectividad de esta iniciativa, cuya existencia permanentemente productiva cumple treinta años de servicio a la sociedad europea este 2026, están cimentados en la concurrencia, junto a nuestro autor, de un elenco de intelectuales, gestores culturales y expertos en relaciones internacionales de primer orden —entre los mismos, la hispanista Michèle Gendraux-Massaloux, quien fuera canciller de las universidades de Paris y portavoz de la presidencia de la República Francesa—, concertados en el propósito de hacer del espacio europeo un ámbito de difusión cultural compartido. Con el interés de partida centrado en el intercambio entre italianistas en lengua francesa y viceversa, la empresa, paulatinamente ampliada, abarca hoy también la producción de autores españoles y portugueses. Italiques es un órgano cultural europeo consolidado y al tiempo en continuo hacerse, en el que encuentran acogida para la difusión de su obra el intelectual y el artista, en el horizonte compartido del conocimiento mutuo, el reconocimiento de nuestros logros como civilización y la contribución al proyecto común de vida, considerado en el deber permanente de hacerse y de concitar la participación ciudadana.

En el contexto de esta amplitud de pensamiento de su autor, *Ecritures de l'ailleurs* es, sí, un compendio de escritura de viajes, pero se nos antoja una simplificación impropia referirnos con este marbete al conjunto de su esfuerzo intelectual. Como estela de los viajes por él recuperados del sueño de los archivos, la obra de Paolo Carile supone una aportación de primer orden al estudio de la Europa Moderna, de la mentalidad en evolución del periodo. Y una reflexión, particularmente vigente, sobre los fenómenos de culturización, los factores que obstaculizan la comunicación entre diferentes y la clase de recursos e instancias en los que es necesario poner énfasis en el camino de una civilización levantada en común. Es también un compendio metodológico de los recursos actuales para abordar el análisis tanto de los fenómenos históricos como de los filológicos.

El profesor Carile ha contribuido al desarrollo de una metodología multidisciplinar en la que convergen tanto la investigación filológica como los criterios provenientes de la semiótica, la historia, la antropología, la geografía, el arte, etc., para tratar el objeto de estudio desde la amplitud perspectiva que es propia del método comparatista, del que nuestro autor es exponente en el análisis de los fenómenos culturales.

2. *Ecritures de l'ailleurs* en su contexto epistémico

A partir del final del primer tercio del siglo XX, la denominada Escuela de los Annales francesa —Lucien Febvre, Marc Bloch, Fernand Braudel, Jacques Le Goff, etc.— se abre paso en la historiografía en su interés por la comprensión global de las sociedades, empleando para ello un enfoque poliédrico que desborda el punto de vista y el objeto de la historiografía metódica que la precede desde mediados del siglo XIX. La nueva corriente historiográfica, a la que se alude como Historia de la Cultura o de las Mentalidades, se irá transformando, a lo largo del tiempo y hasta el presente, de acuerdo con la amplitud de sus miras y de los aspectos en los que enfoca su propósito, en Historia de las Sensibilidades, Historia de las Representaciones, Historia de la Alteridad, Neohistoricismo, etc. Es también inevitable tener

presente el interés de la historiografía contemporánea italiana, de la que es parte la obra de nuestro autor, por aproximarse a los acontecimientos históricos a través de la perspectiva de sus individualidades, *Écritures de l'ailleurs* es expresión de esa vía de penetración en el pasado que se conoce como "microhistoria" —de resonancia unamuniana, "intrahistoria", para el lector español—, que tiene como referente fundacional a la figura insigne del historiador Carlo Ginzburg, recientemente fallecido en este junio pasado.

Similar proceso en la superación del punto de vista positivista, y prácticamente coincidente en su origen y evolución temporal, observamos en el campo de los estudios filológicos a partir de la obra de Roland Barthes, expandiendo el interés del estudioso de la producción lingüística y literaria hacia aspectos en los que estas confluyen con las humanísticas e históricas, tales como la configuración ideológica, su representación lingüística e icónica, así como en la atención a la correspondencia semiótica y expresiva en el vuelco de conocimiento entre las diferentes culturas y mediante sus respectivas lenguas.

En el contexto de este nuevo humanismo hallamos, ocupando un lugar propio, el trabajo intelectual del profesor Paolo Carile. *Écritures de l'ailleurs* será por ello, sin duda, objeto del interés del filólogo o del especialista en el estudio de la Historia, pero también del lector culto de intereses amplios. Un lector potencial atraído hacia el conocimiento antropológico, el discurrir de los acontecimientos y su significación en la civilización y en la cultura, los conflictos espirituales y las guerras de religión durante el periodo, los nuevos mundos progresivamente descubiertos durante la era y el contraste de lo hallado en sus tierras y en sus gentes con el paradigma heredado de la Edad Media en el largo viaje que desde la misma aboca en los puertos del Siglo de las Luces y en la conformación del pensamiento moderno. Y al mismo tiempo, seguirá la lectura, intrigado y deleitado, en pos del avatar personal de quienes son protagonistas de su aventura. Carile repara a este respecto en el debate sobre la consideración misma del concepto de literatura en relación con los textos objeto de su interés y en su vertiente mediadora respecto del acceso al conocimiento. Han sido habitualmente considerados en cuanto a su autoría y género como paraliterarios o marginales —informes, compendios, relaciones, cartas privadas, etc.— y recuperados por nuestro autor se transforman, entre otras razones por su carácter directo en cuanto a la significación y reducido interés en la expresividad retórica, en herramienta privilegiada de aproximación a la mentalidad y la sensibilidad del hombre común en su tiempo. En estos autores accidentales halla, además, no solo una vía para entender la construcción de este fenómeno social y la divulgación de un conocimiento hasta ese momento ignoto, sino modos textuales y estilísticos cuya incorporación al acervo de la literatura hacen de los mismos una secuencia considerable de la historia cultural del periodo.

El criterio generalmente aceptado hoy por la historiografía señala entre las causas de la evolución cultural que desde la Edad Media da paso a la Moderna la fundamental importancia, junto a la implosión provocada en su seno por la paulatina "recuperación" del conocimiento de la Antigüedad clásica y de las transformaciones sociales y económicas de evolución intrínseca, las causadas por el impacto exterior de la recepción del saber procedente de los mundos nuevos, de su difusión y de la consecuente remoción de conceptos que propicia el retorno de los viajeros desde esos horizontes distantes.

El tratamiento aplicado al estudio de estos textos de viaje es exponente, y aportación significativa a los mismos, de esta actualización de los criterios metodológicos tanto en el campo de la historia como en el de la filología. y un muestrario selecto e ilustrativo del proceso de mudas culturales que abocan en la civilización del Renacimiento: exilados, predicadores, buscadores de una tierra de promisión, exploradores, galeotos que han cumplido pena, entre otros, conforman el variopinto conjunto de autores, encarados a una realidad que desafía el alcance de sus conocimientos y de sus creencias y, consecuentemente, de la capacidad de percepción de su mirada, *Écritures de l'ailleurs* —arriesgando en su traducción, *Escritura desde los confines*— se abre con un prólogo —*Préface*— para el que nuestro autor ha contado con la erudición y el saber hacer del profesor Marc Cheymol —de nuevo, un prestigioso hispanista francés, vinculado también a la empresa cultural de Italiques— quien despliega para el lector en un texto sustancial las claves y códigos culturales aplicables a la comprensión de la obra.

Marc Cheymol ha repartido su atención intelectual entre el hispanismo, la francofonía y la diplomacia cultural en representación de la República Francesa. Ha sido profesor de la Universidad de El Salvador, del Instituto Pedagógico de Gazi en Ankara, de la Universidad Nacional de Otoño y de la Universidad Nacional Autónoma, ambas en México. En esta última promueve e imparte la conferencia inaugural de la cátedra Roland Barthes. Ha desarrollado una fructífera actividad en el campo de la diplomacia cultural en Canadá y Latinoamérica y luego, regresado a Francia, desde las instancias del Ministerio de Cultura, en París. Se ha ocupado en sus estudios de la literatura del Barroco y es reconocido como uno de los principales especialistas en la obra del nobel Miguel Ángel Asturias, a cuyo estudio dedicó su tesis doctoral leída en la Sorbona, en 1982. Es desde esta solvencia intelectual y desde la afectuosa amistad con su autor de donde procede la invitación a dialogar con la obra. En el breve y sustancial texto liminar se aborda la cuestión terminológica, el porqué de la elusión del término "literatura" sobre el que se prefiere otro genérico, "escrituras"; el género de los libros de viajes, de su significación en la historia de las letras, de la singularidad en la estructuración del relato en los mismos, de la variedad léxica para abarcarlos a lo largo de la tradición literaria —libros de viático, de viajes, literatura odepórica, "travelogue", etc.—; muestra, en definitiva, de la permanente vitalidad de un género unido al origen mismo de la literatura.

Ya con referencia específica a la obra, destaca la paradójica condición común —si así podemos decirlo— de su diversidad. Diversidad en cuanto a la condición heterogénea de sus autores, respecto de las circunstancias del viaje y del periodo histórico en el que se realizan, en relación con el propósito de los mismos y respecto de la variedad de géneros a los que recurren. En cuanto al alcance de la expresión "*l'ailleurs*", sin término preciso correspondiente, nos arriesgamos aquí a darle traslado en lengua española como "los confines" —"lo desconocido lejano", "los mundos nuevos"—.

3. Centralidad y alteridad en el relato del viaje

En la Introducción —*Avant-propos*—, del propio autor del libro, se llama la atención del lector hacia el concepto de "centralidad" en la construcción de la civilización europea. Desde su origen en el mito cosmogónico encontramos en este logos la última ratio en la que fundamentar la diferencia entre nosotros y el extraño. Bárbaro es quien desde la periferia de la polis habla una lengua diferente, "barbarea" —el término es en su origen expresión onomatopéyica—, y lejos del centro de gravedad de la koiné es visto como "otro".

En el recorrido histórico, y en el proceso de ampliación inclusiva de los pueblos a los que consideramos parte de tal civilización, hallaremos en permanente debate este concepto de alteridad, frente al cual el paradigma europeo incardina, superando las correspondientes controversias en el tiempo, los valores de la antigüedad clásica grecolatina con los que proceden de la civilización cristiana. El axioma es, sin embargo, puesto en cuestión durante el Renacimiento por quienes desde la ciencia atisban el inicio de una nueva era —y pagan por ello un alto precio en su vicisitud vital—; los viajes, al cabo, representan a este respecto una prueba definitiva y constituirán la principal evidencia empírica, el factor determinante del quebranto del paradigma y del paso en la controversia desde la cosmogonía mítica a la racionalidad cosmológica.

El cuerpo temático del libro se articula diferenciado en dos apartados que abarcan los dieciséis capítulos en los que se despliega, para cada una de las peripecias singulares, el relato, la experiencia que les da carácter y su significación respecto de las mutaciones ideológicas durante el periodo: "Décrire et aprivoiser l'ailleurs" y "Écrire pour exister et résister". "Describir y domesticar los confines"—*aprivoiser*, domesticar; matizado: someter, amoldar— y "Escribir para existir y caracterizar, para resistir", decimos aquí, respectivamente.

La primera parte se inicia con un texto en el que el autor se apresura a determinar los rasgos que integran el concepto de alteridad. Para el viajero europeo del periodo, observa Carile, el hallado es de nuevo el "otro", el nuevo bárbaro. Aparece con los rasgos de un primitivismo de los que puede derivarse y justificarse una apreciación relativa, difusa, interesada, de su condición humana —fue necesario para establecer esta la promulgación por el pontífice Paulo III de la bula *Sublimis Deus*, en 1537— que requiere y justifica la tutela moral sobre el indígena. Entre las marcas con que el viajero lo distingue, el "otro", es, *in primis*, nómada. En la comunidad civilizada de partida este aspecto caracteriza a quienes no están plenamente integrados en la misma y se mueven en los márgenes de la estructura social. Nomadismo es pues una condición anterior a la que identifica al hombre político. El natural es, además, hallado desnudo y practica la libertad sexual, de costumbres y el canibalismo. Estas características darán pie, en ocasiones, a considerar infernal y "patria del diablo" su habitat y, consecuentemente, a la necesidad de aplicar sobre su modo de vida formas purgativas de prohibición y de castigo; paradójicamente, en otras, a tomar la libertad del salvaje, y con ello la meta del viaje, como un regreso al edén adánico, a la tierra de promisión sobre la que sembrar la palabra que redime. Será esta apreciación la que, en el devenir de los acontecimientos históricos, se abrirá paso hacia la Luces.

4. El placer de contar y el comercio de ideas

El viaje del texto continúa realizando estación en las islas. Recuerda Carile cómo los islarios representan un apartado propio en la literatura de viajes —y no olvida mencionar la importancia al respecto del hispano Isidoro de Sevilla—. La isla es el lugar donde se cruzan los caminos del hombre y donde arraigan sus relatos. Entre las mismas, Sicilia es el ejemplo paradigmático del suelo vuelto palimpsesto para la historia contada del Mediterráneo. El lector español hallará en la corte normanda de los Hauteville al ceutí El Idrissi, a mediados del siglo XII, afanado en la compilación monumental de cartografía que es el Libro de Roger —Roger II—, expresión por excelencia de la razón de ser de esta tierra en el mar como cruce de caminos. En todos estos escritos "transitivos", esto es, prácticos, Paolo Carile encuentra a retazos —no contrariando, sino ampliando el alcance de lo establecido por R. Barthes— el hálito de la inspiración "intransitiva", la connivencia en el placer del texto, y el uso incipiente de estilemas que desde los mismos incorpora el acervo literario. Los textos pragmáticos —relaciones, inventarios, cartas comerciales— aparecen entreverados o acompañados de digresiones sobre la naturaleza, las costumbres, el comportamiento de los hallados o de quienes serán sus dueños en relación con los mismos; evocaciones sobre la peripecia vivida o invocaciones y expresiones de gratitud a la intervención de la Providencia.

Los barcos derrotan entre los puertos de origen y destino repletos tanto de mercancías como de esperanzados ideales. La carga de sedas y especias se acompaña del criterio del mercader humanista en un proceso que hará del mundo un mercado único. Pero junto al saber para marear y tratar viaja también la mirada del burgués humanista para observar y juzgar, bajo el criterio que le proporcionan los *Studia humanitatis* bajo el estímulo del encuentro de los que llegan a las nuevas naciones con quienes son allí hallados. Y también la enfebrecida misión de quienes, perseguidos por la práctica del protestantismo o inflamados por su fe católica, anhelantes de la tierra prometida o de la conversión del infiel confían en que la utopía pueda poner con ellos pie en tierra. Los barcos se impulsan del motor de los vientos sobre el velamen, pero también, con gran fuerza, por el despertar de los viejos mitos inveterados. Las Indias de Oriente y de Occidente se vuelven El Paraíso, la Nueva Jerusalén, El Dorado para la ensoñación esperanzada. Y, cuando llegue el primer desengaño y el choque del imaginario contra la misma naturaleza moral del hombre, este aún buscará fondear sobre el Índico idealizando la confianza en una tercera oportunidad para la utopía, un tercer mundo tanto para quienes han quedado desplazados del primer reparto como para quienes esperan encontrar en la Tierra Austral o en la imaginaria Lemuria —ya en el siglo XIX— la tierra de promisión y de redención, Paolo Carile llama nuestra atención hacia la figura de ese viajero culto, mercader o banquero, que en el margen de las páginas de sus balances y conteos asienta con su criterio la impronta de su individualidad y recupera para nosotros de la sombra de la historia un aspecto inédito en la extensión del concepto de Renacimiento.

Lo ilustran el testimonio ante la Señoría de Venecia del armador Pietro Querini, náufrago en las heladas Lofoten en la costa noruega, en el invierno de 1432. La reformulación por La Popelinière a finales del siglo XVI de la creencia en un continente austral y, contemporánea, la peripecia real en el Pacífico de los navegantes ibéricos Álvaro de Mendaña y Pedro F. de Quirós, convencidos de haber encontrado en buena ventura las minas de oro de Salomón y la Austrialia —juego de composición léxica con la dinastía reinante de los Austrias—; la travesía a bordo de los barcos portugueses hacia la India por el nuevo paso de Buena Esperanza de los banqueros florentinos Sassetti, Carletti y de otros varios con ellos, dando continuidad a una tradición temática que, remontada a Marco Polo, todavía pervive en el ámbito de la literatura italiana.

El lector no podrá evitar recrearse compartiendo la voluptuosidad del relato de este último al describir la mesa de los placeres en Goa, siempre bien hallada por quien la arriba y, en particular, por la visión de sus mujeres y la descripción del ideal femenino. Hay en todo libro un episodio en el que el lector siente que el autor se vuelve para hablarle. Carile se detiene en la necesaria explicación del paradigma de la femineidad renacentista que define surgida del cruce entre la tradición clásica y la cristiana. De la primera resalta la idealización de la blancura en la estatuaria femenina y evoca en ello el tropo de la aurora. El lector no puede sustraerse a su memoria. El lector es ahora un niño que en la alborada del domingo despierta a un tiempo no tiempo y oye cantar este dechado por las voces de los labradores cofrades de esa misma Aurora, trasunto para ellos de quien es sola entre las mujeres para su devoción encendida: “Es María tan blanca y tan pura, / no le quita pinta ni la Concepción, / que por blanca que sea la luna / parece a sus plantas un negro tizón”. Ese momento repetido por siglos ayuda al lector a evocar con mayor fuerza la impronta, el afán del mercader florentino en la India ibérica, contemporáneo en el tiempo de los frailes predicadores dominicanos de esa Aurora, por convencer a sus corresponsales lejanos para que el arquetipo se abra a contrario sensu, a la razón de la mujer bruna.

El primer puñado temático finaliza con un capítulo que da lugar, por una parte, a la celebración del fenómeno de la extensión de la práctica de escritura durante el período analizado hasta calar en el medio burgués al que en la Edad Media le es ajeno, y de su capacidad en sí misma, como medio y como fin, para dar cuenta, al convertirse en costumbre y recurso del viajero, de la progresiva amplitud de la civilización humanista. De algún modo, representa la condensación del propósito del libro. Por otra, da suelta a la mirada afectuosa con la que el autor sobrevuela la diáspora de los creyentes a quienes la persecución católica puede privar de la tierra, pero no quebrar en su fe. Los ojos de Jean de Léry, de Stadler, de Schmidl, calvinistas alemanes o franceses extienden sobre los nuevos desterrados la mirada misericordiosa de una nueva piedad cristiana sin renunciar a la convicción de su deber de redención para con ellos. El atrevimiento del lector roza aquí la impertinencia y se atreve a sentar que este cierre lo es también para dejar constancia íntima, en el elogio al valor de estos viajeros hugonotes, de la admirada devoción, del homenaje del hijo a la vida intensa en su fe y en su compromiso humano de otro Carile, su propio padre, pastor metodista, ensayista,

poeta, sometido a la vigilancia durante el fascismo en Italia y detenido por los nazis, contra la amenaza de otra barbarie —véase, de Sergio Carile, en edición de su propio hijo Paolo, *Diario di guerra: fiducioso nel nulla. Tra Lunigiana e Garfagnana, attraverso la linea gotica*, Aracne, Roma 2016—.

5. Los confines, utopía para la misión y para el proscrito

"Écrire pour exister et résister" es el título común para denominar el conjunto de los ocho últimos capítulos del libro, en los que se aborda una casuística sobre la experiencia de la escritura, relevante tanto desde el punto de vista filológico como histórico, para aquilatar este aspecto fundamental de la cultura humanística del periodo que es la extensión de la escritura: como fenómeno social; como emulación y modo de devoción al texto bíblico; como expresión del genio individual, del criterio propio y de la libertad de credo, que emergen, desde la confusión de la masa, en este periodo histórico; como herramienta para la circulación de ideas. La Contrarreforma católica adquiere sentido en su oposición a esta práctica de la Iglesia reformada que encierra en sí la manifestación del libre albedrío. Estos textos poco frecuentados permiten a Carile proyectar luz sobre la mentalidad de las gentes, el conocimiento de los hechos, los comportamientos, las controversias y los conflictos que los provocan y el peso de estos —fundamentalmente el causado por las guerras de religión—, en la evolución y fragmentación de la cultura renacentista.

Dos son los grandes obstáculos presentados por la historia ante estos escritores ocasionales, en su mayor parte hugonotes perseguidos por razón de su fe en la Francia de los siglos XVI y XVII: la condena a galeras y el exilio forzoso. Hacen uso de la escritura por motivos diversos. Al hacerlo nos muestran una realidad y una perspectiva sobre la misma que la historiografía habitualmente descuida y que para Carile suponen una vía de acceso de particular interés al conocimiento del periodo histórico y un cuerpo documental que permite una aproximación a la expansión social de la escritura, de los géneros de los que se hace uso y del intercambio de registros y estilemas empleados con los propios de los textos literarios que les son contemporáneos. Resistencia, en primer lugar, del condenado a la pena de galeras, la de aquel para quien "amarrado al duro banco" escribir es su último baluarte. La descripción de la miseria del galeoto la toma Carile del romancero español. Entre otros testimonios, el de Matheo Briceño, poeta popular celebre, ciego de cordel, en la España de entresiglos XVI y XVII. No es el testimonio del condenado que jamás fue, sino el reflejo, en la enumeración de desgracias que conforman el castigo, del espanto de la población ante la sola mención del mismo en la plaza pública.

De la peripecia de vivir en galeras da también cuenta, en este caso propia, el músico y poeta Aurelio Scetti. Cercano él mismo al entorno del Duque de Florencia, ve conmutada su pena de muerte, por el homicidio de su mujer, por la de galeras por vida. Una cojera causada en su huida le convierte en escribano de a bordo. Este hombre culto practica desde este medio insólito la escritura, en prosa y verso, para implorar de la indulgencia de su amo, el gran duque, el remedio a las miserias a las que se ve reducido, que describe, y la consideración del valor de sus méritos en tal postración como participante en la ocasión de Lepanto. Aun

contando con la casualidad de valedores, no hay constancia de que la obtuviera jamás. Sí del refugio para su desgracia hallado en la escritura y, para nosotros, del vigor y extensión en el espacio y en el tiempo de su empleo. Se cuenta en italiano con diversos testimonios anónimos de las penas que la vida en galeras conlleva. Curioso también, por diferente, el del noble Luigi Tansillo, poeta petrarquista, cercano al virrey Toledo en Nápoles, quien a principio del XVI deja constancia de cómo la miseria a bordo, salvando las fundamentales circunstancias que le otorgan la disposición de su libertad y de su estamento, alcanza también el puente de mando.

Las demás experiencias en relación con este castigo conforman en conjunto una summa de las ofensas y de la crueldad o del anhelo de libertad soñado por quienes a lo largo del periodo histórico que nos ocupa sufren persecución por causa de la práctica de su fe reformista en el marco de las guerras de religión y bajo el efecto cambiante de los edictos de Nantes y Fontainebleau. Carile hace notar para nosotros la coincidencia frecuente entre la autoría de estos textos y la condición de creyentes calvinistas de sus autores viajeros. La atribuye, en primer lugar, a la importancia que se otorga a la escritura por parte de la iglesia reformada. Luego, a la capacidad de recursos para relacionarse en la convivencia con el diferente al que están habituados los protestantes en el seno de sus sociedades de origen. En fin, a la empatía del transterrado forzoso, compatible con su misión evangelizadora, para reconocer en otros la propia experiencia de quien padece la tiranía.

El lector quedará absorto en la aventura forzosa que es la vida de estos, en su mayoría, viajeros obligados y perseguidos y recorrerá el mapamundi que dibuja sobre el trazo de los caminos recorridos el fenómeno social de la escritura, aplicada por ellos al desarrollo de formulas textuales y estilemas para nombrar estos nuevos contenidos y que desde su contexto pragmático pasan al repertorio común de recursos literarios. Nos hallamos traídos por el autor ante el catálogo de agravios que es durante los trece años de su condena la vida de Jean Marteilhe, hugonote, quien en el trance mismo de cruzar la frontera hacia la libertad es apresado en aplicación de las leyes de Luis XIV. Libre al cabo en los Países Bajos y persuadido por sus correligionarios del interés de su testimonio toma la pluma para describir las terribles condiciones de su condena y la perseverancia en la que no ha cejado en su credo.

El rastro de la escritura mueve ahora la aguja de marear, cuando están a punto de finalizar las guerras de religión, a finales del siglo XVII, hacia las costas de la Nueva Francia —hoy Canadá—, renovado en la metrópoli el interés en su ocupación efectiva, libre la sociedad francesa al fin del lastre secular del conflicto bélico.

Desde aquel “desierto”, así por él denominado, escribe el jesuita Pierre Biard, ajeno en su escritura a la atención de cuanto no sea su propósito de misión en el que “el otro” es sólo en su consideración el potencial acristianado. También el recoleto laico Sagard que se extasía, “como un niño fascinado”, dice de él Carile, en la descripción de la maravilla de la creación divina. Los exploradores Lescarbot y Champlain, en sendos viajes. El primero, a la busca de un paso en el norte para el comercio con China y que encuentra tiempo y espacio en el papel para describir con empatía el carácter del nativo y censurar el abuso sobre el mismo.

Champlain, centrado en la descripción, desnuda de ornamentos literarios, de las características físicas y las potenciales condiciones de fertilidad de la tierra en aras de su rendimiento productivo. Todas estas miradas que la escritura recoge y el empleo mismo de ella son expresión de la formación humanística que se expande progresivamente en el cuerpo social y de la propia conciencia de individualidad y singularidad con que se percibe el hombre del siglo. Comparten, empero, nos dice Carile, estas manifestaciones un denominador común: son proyección de una mentalidad externa, expresión de un punto de vista plasmado en diversos modos de escritura etnográfica.

No será hasta avanzado el siglo XVIII y ya en el periodo prerromántico cuando la descripción realista o idealizada de América adquirirá entidad propia. Como expresión paradigmática de esta concepción reformista de la sociedad, se suceden en este tiempo y en este ámbito cultural, un siglo después de la obra de Tomás Moro, una sucesión de "utopías". A lo largo del texto, Carile nos ha ido mostrando la vitalidad que adquieren durante el Renacimiento antiguos tópicos míticos o bíblicos reunidos bajo el concepto común de "tierra de promisión", "El Edén", "La tierra afortunada", "El paraíso perdido", "La nueva Jerusalén", etc. La idea de un reino de Dios en la tierra, en el que la convivencia se rige por las leyes divinas y la vida discurre apacible adquiere con el descubrimiento de nuevos confines visos de verdad desde la leyenda. Particularmente para aquellos que, como ocurre con los hugonotes franceses, viven un extraordinario fervor religioso bajo la férula de la persecución.

La experiencia negativa de la colonización atlántica irá desplazando a lo largo de la segunda mitad del XVI y en adelante la meta de la esperanza hacia el Pacífico y el Índico a la busca del continente Austral. Las islas, separadas de todo —de cuya relevancia emblemática el autor ha dado ya cuenta anteriormente—, representan por su configuración física y simbólica el destino idóneo —no el único— para estas comunidades errantes. Atribuida al editor reformado Thomas Portau, aparece en 1616, en Saumur, la *Historia del gran y admirable reino de Antangil*, en el cual la monarquía es electa y revocable, el senado igualmente elegido, la sociedad próspera en su conjunto, aun aceptando el principio jerárquico, y la tarea de gobernar ocupada en el bienestar de la población. Se ubica en Java. Con los pies en Francia su autor la escribe desde los confines imaginarios del sueño donde la supone posible.

El cartógrafo hugonote Guilaume Le Testu, por su parte, dibuja en 1556 su *Cosmografía Universa*l iluminada y diez años después su *Planisferio*. En ellos acoge el mito del continente Antártico, cuya idealización paradisíaca incluye un clima tropical. El tópico se ha vuelto común, expandido por el relato oral de los marinos portugueses.

El Sr. de Laujardière es un joven de catorce años perteneciente a la pequeña nobleza al que, como tantos de sus correligionarios, la publicación del edicto de Fontainebleau empuja a la huida de Francia para salvar su vida. Su viaje por la costa africana le lleva al país de los hotentotes. Es preservado por estos, como único superviviente de la muerte de la tripulación con la que ha viajado. Vivirá entre ellos durante más de un año y dejará de esta estancia el testimonio de una aproximación etnográfica, *avant la lettre*, a la comunidad tribal de la que ofrece una visión amable y respetuosa alejada del tópico generalizado entre los europeos que reduce al "cafre" a una condición inhumana.

El marqués du Quesne que se ve apremiado a alejarse de la corte del rey Sol o a convertirse al catolicismo representa en el terreno de la ideación utópica un estadio de concreción práctica que se inspira remotamente en las experiencias de Thevet y Léry, ya mencionadas. Du Quesne fija su mirada en La Reunión y, sin haber puesto jamás un pie en la isla, su *Recopilación de algunas memorias que sirven de instrucción para el establecimiento de la isla del Edén,* dado a conocer en 1686, reviste la forma de una constitución en la que se esfuerza por prever, desde el enfoque fraterno que caracteriza la fe de los reformados, los detalles que harán la organización y la convivencia de los allí acogidos bajo la única condición, excluyente, de su fe. Se trata, al cabo, de recrear El Edén, la Jerusalén en la tierra, para acoger de nuevo a los desterrados hijos de Eva. El proyecto no llegará a término.

Sin embargo, será retomado por François Leguat, quien en 1690 junto a diez correligionarios lo intenta primero en La Reunión. La isla es, sin embargo, un paso hacia la navegación del Índico que Francia guarda con celo y donde ya hay establecida una comunidad de agricultores católicos, por lo que el intento se traslada a la isla desierta de Rodrigues donde se agotará al cabo de poco tiempo. Leguat recurre a la erudición de Maximilien Misson para la redacción compartida de este *Viaje de aventuras de F. Leguat y de sus compañeros en dos islas desiertas de las Indias Orientales*, de cuyo éxito entre los lectores de su tiempo dan cuenta las cuatro ediciones realizadas. La escritura compartida con sus correligionarios se vuelve ella misma patria para el perseguido. Expulsado, como tantos de sus correligionarios de su Lyon natal, este Maximilien Misson mencionado acompaña como tutor al hijo del conde de Arran en el entonces casi trámite para los jóvenes del estamento nobiliario de realizar el *Grand Tour* en Italia. La ocasión le permite la redacción de su *Nuevo Viaje a Italia*, muy leído en Europa, al igual que el de Leguat. Italia aparece ante los ojos del erudito reformista como un confín alejado del resto de Europa por la Inquisición y su secuela de fanatismo y de superstición.

La Contrarreforma ha determinado una frontera ideológica remota sobre países contiguos, sin merma del patrimonio cultural compartido. Avanzado el siglo XVIII, otro hugonote, Charles De Brosses, en la estela trazada por Misson, adoptará un similar punto de vista en sus *Cartas familiares*.

La escritura ocasional de estos viajeros a los nuevos confines, en una importante proporción cristianos reformados, nos deja un último legado: su inclusión en el cuerpo de la producción intelectual que en Europa preparan desde la disidencia el Siglo de las Luces y su desempeño como referentes para quienes, contemporáneos suyos, dentro de la esfera del catolicismo se reconocen como "novatores" frente al rigor y la superstición.

6. Corolario

El lector español se congraciará con las frecuentes referencias a su tradición cultural de las que son sólo una muestra las citas que en el encabezamiento de diferentes capítulos se hace de autores españoles para aludir a la cuestión tratada — Machado, Cervantes, Manrique, Díaz del Castillo, Gracián —, evidencia, una más, de la familiaridad de Paolo Carile con la literatura hispana. El lector de cualquier origen se deleitará con la intriga que despierta el seguimiento de estos viajeros arriesgados en las penurias de lo intrépido. Su satisfacción será mayor al recrearse en las numerosas reproducciones de pinturas y grabados de época que ilustran el texto. El especialista podrá prolongar los caminos para él abiertos por la obra en el cotejo de una rica bibliografía y de un aparato crítico pleno de referencias y citas.

Muestrario de una vía de expansión poco frecuentada del fenómeno de la escritura durante el Renacimiento; reflejo de la ampliación incesante del alcance de los puntos cardinales y de la percepción de las nuevas gentes que el mundo contiene; testigo de las convulsiones de un periodo de la historia y del alumbramiento de una sociedad urgida por una nueva forma de entenderse a sí misma en la que el genio individual y la libertad de criterio asoman con fuerza y se niegan a la abjuración de sus creencias, a costa de todo género de tribulaciones, físicas y morales; *Écritures de l'ailleurs* es, sí, un libro de viajes; pero es mucho más que eso. Su interés y el de la obra en su conjunto de Paolo Carile merecen estar al alcance del lector en español y, con ello, la urgente subsanación de la anomalía intelectual que supone su falta de disponibilidad para el mismo.